

LA
SANGRE
DE LOS
ANTIGUOS
REYES

SUNG-IL KIM

minotauro

LA
SANGRE
DE LOS
ANTIGUOS
REYES

SUNG-IL KIM

minotauro

El Imperio sangriento nº 1 - La sangre de los antiguos reyes

La edición original coreana fue publicada como «예르시아의 혈»
por el autor Sung-il Kim

Copyright © Sung-il Kim, primera publicación en 2016
Todos los derechos reservados.

Esta edición se ha publicado a través de un acuerdo con Greenbook Agency
This book is published with the support of the
Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea).

Traducción: © Cristina Molina y Sunme Yoon, 2025

Ilustración de cubierta: © Dominik Mayer

Mapa interior: © Emily Langmade

Adaptación de portada y revisión: dtm+tagstudy

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1963-4

Depósito legal: B. 1.218-2025

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

1

Loran

En cuanto recuperó la conciencia, se encontró con la mirada de un dragón del color de la sangre que la observaba muy de cerca, como si estuviera examinando un insecto extraño. El Dragón no tenía un solo par de ojos, como hubiera podido esperar: además de los dos del centro, grandes como tragaluces, contaba con tres más pequeños alineados a la izquierda y otros cuatro similares a la derecha. A pesar de su enorme cuerpo, de sus muchos dientes afilados como cuchillos, de la negra cadena enredada en su cuerpo cubierto de escamas o de las garras que oprimían su pecho sin dejarla moverse, lo que más le inquietaba a Loran del Dragón de Fuego eran esos ojos.

Trató de levantarse haciendo uso de todas sus fuerzas, pero tan solo pudo sentir el peso de las gigantescas garras sobre ella, más grandes que sus propios muslos. Puntiagudas como dagas, se clavaban en su cuerpo haciendo trizas su ropa. Loran gimió con una mueca y el Dragón redujo la presión que ejercía con la pata delantera.

—Princesa de Arland —pronunció, con una voz tan grave que sería imposible de confundir con la de un ser humano.

Loran se sobrepuso al miedo que la recorrió al oír el eco de la estancia con las palabras de la bestia y observó a su alrededor. La cámara rocosa no parecía de origen natural, pero tampoco artificial, aunque desprendía un frío impropio del interior de un volcán. La pared ennegrecida tenía marcas de garras por todas partes.

Respiró hondo, tratando de calmarse, y respondió con confianza:

—Soy una persona cualquiera, no soy la princesa.

El Dragón le acercó su enorme mandíbula a escasos milímetros del rostro mientras Loran se esforzaba por mantenerse impasible. La bestia entrecerró ligeramente los ojos y bajó la mirada para observar el *thlarán* tatuado en el cuello de la mujer. Aunque el concepto de clan había perdido todo significado con la llegada del Imperio, al igual que todos los arlaníes, Loran llevaba el tatuaje de los suyos grabado en la piel. Sin embargo, lo que el Dragón buscaba era el símbolo de la familia real con su propia imagen representada. Como era de esperar, no la encontró en ese *thlarán*.

—¿No eres la princesa? ¿Acaso desconoces que solo los descendientes de reyes pueden entrar en este lugar? —escupió el Dragón, con un aliento cargado de azufre.

Ese era el mandato dictado por las leyendas.

—Arland es un reino muy antiguo, por ello los descendientes de sus monarcas se encuentran incluso entre las gentes del pueblo. Yo misma confío en que la sangre de los reyes corre por mis venas y es por eso que he venido aquí.

El Dragón emitió un sonido horrible que Loran no pudo reconocer como una carcajada hasta pasados unos instantes.

—¿Y te has basado solo en esa suposición para escalar hasta la cima de este volcán y arrojarte a las fauces de su cráter? La dinastía real perdió el trono hace tiempo. Ya no tiene ninguna importancia que tengas sangre real o no, más allá de que eso te permita encontrarte conmigo, el Dragón que incumplió su promesa al ser derrotado por un insignificante juguete y encadenado por extraños a estas tierras.

La dignidad en su voz fue desapareciendo a medida que pronunciaba esas palabras hasta que separó sus garras de Loran. Ella se levantó con cuidado, tratando de no alterar al Dragón y se dispuso a hablar con todo el coraje del que disponía.

«¡Dragón de Fuego de la montaña, guardián de los reyes! Han transcurrido ya más de dos décadas desde que el Imperio se hizo con las tierras de Arland y el pueblo sobrevive a duras penas en medio de la hambruna. El nuevo prefecto está asesinando a pobres inocentes bajo la falsa acusación de rebeldía. Nuestro reino se encuentra desamparado, sin nadie que pueda salvarlo. Yo vine aquí para rogar por tu ayuda y suplicarte que nos salves de perecer».

Esas eran las palabras que había memorizado. Aunque nunca esperó encontrarse realmente con el Dragón. Creyó que se resbalaría mientras escalaba la montaña, que la matarían los soldados o que caería a la lava y se quemaría antes de poder exhalar un gemido en busca de auxilio. No obstante, los días previos a la escalada, reescribió esas palabras decenas de veces e incluso las practicó frente al espejo entre susurros otras cien. Sin embargo, no fueron las que finalmente pronunció.

—El prefecto mató a mi esposo y a mi hija de forma indigna, pero no puedo vengar sus muertes yo sola. Te daré todo lo que desees si me ayudas.

El Dragón ni se inmutó.

—¿Será que las leyendas cuentan que puedo conceder deseos? No pude cumplir el pacto que hice con mis reyes y ahora están muertos. Escucha bien lo que te digo y lárgate de aquí. No despiertes mi estómago hambriento desde hace veinte años —se relamió los labios como advertencia, dejando ver una lengua trífida y roja como la lava. Después apartó su largo cuello de Loran, se enroscó sobre sí mismo y cerró los ojos.

La desesperanza cayó sobre ella. Había pasado días escalando el acantilado para acabar con las manos vacías. Saltó al interior de un cráter pensando que moriría y fue en vano. Pensó que podría acabar entre los colmillos de un Dragón enfurecido, pero

tan solo fue rechazada de forma ridícula, como si se hubiera entrevistado con un funcionario de la prefectura.

Loran se quedó pensando en su familia. Su marido y su hija solo habían compuesto y cantado una canción para llorar a los muertos, pero el Imperio y el prefecto lo consideraron un acto de traición. Cerró los ojos con fuerza ante el recuerdo de sus cuerpos colgados en medio de la plaza para el morbo de todos.

—¡Juro que reinaré sobre Arland! —dijo.

Loran se sorprendió por esa voz serena que reverberó contra las paredes de la cueva y rompió el silencio. Su corazón casi se le salió del pecho y, si no fuera porque el Dragón se giró para mirarla con fiereza, no habría reconocido que esa voz era la suya.

—Haz un nuevo pacto conmigo —le dijo Loran—. Te ayudaré a que esta vez puedas cumplir tu promesa.

El Dragón se irguió sobre sus cuatro patas y la cadena que lo mantenía preso se tensó haciendo resonar el metal de sus eslabones sobre el suelo de las catacumbas. Las escamas de su espina dorsal se erizaron de golpe y escupió:

—¿Tú? ¿Reinar? Mocosa estúpida, ¿es que no sabes que el imbatible Ejército Imperial gobierna en todo el mundo? ¿No viste sus armas mágicas que abatieron del cielo a los viejos dragones como si cazaran perdices? ¿Ya te olvidaste de los embrujos que usaron conmigo para amarrarme con esta cadena como un manojo de paja? ¿No temes a la *estrella* que destruyó Mersia de la noche a la mañana? ¿Cómo osas pretender el trono? Debería convertirte en cenizas por atreverte a decir semejantes barbaridades frente a mí.

Unas llamas verdosas comenzaban a tomar forma en un rincón muy profundo de su garganta donde antes no había nada. Loran enmudeció. Tenía razón en decir que era una barbaridad. Era ridículo que una viuda que pasaba la treintena y que manejaba la espada con el nivel de una maestra de esgrima rural aspirara a expulsar al Imperio y convertirse en reina. Sin embargo, no mentía en su intención, pues no le quedaba otra alternativa. Así que se decidió a clavar los ojos en la boca del

Dragón que iba prendiéndose en llamas. El fuego que oscilaba lentamente en su garganta, tan profunda como una cueva, menguó de pronto. La bestia cerró la boca, hasta ahora abierta de par en par, y se volvió a sentar.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo con voz tranquila.

La pregunta pilló a Loran desprevenida, aunque, realmente, ya no sabía qué esperar de esa conversación desde el momento en que ella misma afirmó que se convertiría en reina.

—Me llamo Loran.

—¿Y cómo se llamaban tu marido y tu hija? —preguntó, con un tono aún más bajo esta vez.

Loran separó sus labios dispuesta a saciar su curiosidad, pero no pudo decir ni una palabra. Hacía demasiado tiempo que no salían de su boca aquellos nombres que solía pronunciar con tanto amor y su recuerdo le dolía más que el de sus muertes. Observando a Loran, que continuaba en silencio, el Dragón añadió:

—No hay día en que no me atormenten los recuerdos de aquel momento en el que el Ejército Imperial nos rodeó como a un ejército de hormigas. Quise sumirme en un profundo y largo sueño, ya que no podía hacer nada con estas cadenas, pero ni siquiera podía descansar por las pesadillas del momento en que mi rey murió luchando sobre mi lomo. Quizá tú también sientas el mismo pesar que yo...

Loran esperó a que continuara, lo que hizo con voz queda y tranquila:

—Si accedo a hacer un pacto contigo, ¿de veras expulsarás al Imperio de estas tierras y te convertirás en reina, princesa de Arland?

—No soy la pr... —empezó a decir ella, pero el Dragón posó una de sus garras en los labios de Loran con un siseo y la miró atento a los ojos, a la espera de una respuesta.

Ella asintió.

—¿Te convertirás en reina y me liberarás de esta cadena embrujada? —Loran asintió de nuevo—. Dame, pues, tu ojo

izquierdo como símbolo de nuestro pacto, tal y como hizo el primer rey que vino en mi busca. Así podré ver el mundo que tú veas.

El Dragón de Fuego estiró su afilada y puntiaguda garra en dirección al ojo de Loran. Ella quiso cerrarlo, pero solo alcanzó a escupir un alarido por la quemazón tan abrasadora que sintió. Después, estiró su cuerpo, encogido del dolor, y abrió el ojo que le quedaba. Los siete ojos apilados de la bestia ahora eran ocho. Loran observó el octavo y sintió una extraña familiaridad al ver su reflejo, como si se tratara de un espejo. Acto seguido, el Dragón se rompió uno de los colmillos con sus propias garras y tras un breve gemido guardó cuidadosamente entre sus patas el trozo de canino fracturado. Cerró los ocho ojos y susurró unas palabras misteriosas e incomprensibles. A pesar de la ligereza de su tono, a Loran le retumbaron en la cabeza. Un humo se extendió desde las patas del animal y, cuando las abrió, quedó a la vista una espada de color marfil rodeada de un llamativo resplandor.

—Aquí está, el símbolo de nuestro pacto. Esta espada mutilará a nuestros enemigos en mi lugar.

Loran tomó la espada que el Dragón le ofrecía, tapándose aún el ojo dolorido. La empuñadura se ajustó perfecta a su mano y una cálida sensación le recorrió todo el cuerpo por un instante.

—Hay muchos reinos diferentes en el mundo, pero casi todos ellos fueron conquistados por el Imperio. Algunas de sus gentes murieron, otras se convirtieron en esclavos, otras en capataces de sus campos, pero siempre quedan y quedarán guerreros testarudos. Ahora tú eres una de ellos.

Loran asintió y quiso decir algo, pero el Dragón apuntó a un lado de la pared y ordenó:

—Parte en esta dirección. Gracias a la espada, se abrirá un camino que conduce a un pequeño arroyo sin enemigos que lo custodien. Pero, aunque te encontraras con una decena de ellos, no podrían medirse contigo, ya que ahora portas mi colmillo —añadió con un sonido peculiar que Loran interpretó como

una carcajada—. Asegúrate de vencer, por mí, por tu venganza y por Arland.

Y con esas palabras, el Dragón de Fuego, el defensor de las leyendas, cerró los ojos con suavidad.

Loran se despidió con una gran reverencia y se encaminó en la dirección que le había indicado. La pared desapareció como nieve derritiéndose bajo el sol y reveló un túnel apenas lo suficientemente ancho para que se adentrara en él una sola persona. A lo lejos se escuchaba el agua correr. Puso un pie en el camino y se giró, insegura, hacia el Dragón, que le dijo:

—Hacía tiempo que no pronunciaba palabra... Estoy cansado. Emprende tu marcha, tienes un gran camino por delante y una pesada carga sobre tus hombros.

Loran asintió sin decir nada más y salió de la cámara. Cruzó el túnel con ayuda del brillo que desprendía la espada y pronunció en un leve susurro:

—¡Soy la princesa de Arland y juro que reinaré sobre estas tierras!